

C U A T R O P O E M A S

CONFIDENCIA EN VOZ ALTA

PERTENEZCO a una raza sentimental,
 a una patria fatigada por sus penas,
 a una tierra cuyas flores culminan al anochecer,
 pero amo mis desventuras,
 tengo mi orgullo, doy vivas a la vida bajo este cielo mortal
 y soy como una nave que avanza hacia una isla de fuego.
 Pertenezco a muchas gentes, soy libre,
 me levanto como el alba desde las últimas tinieblas,
 doy luz a un vasto campo de silencio y oros,
 sol nuevo, nueva dicha, aparición imperiosa
 que cae horas después en un lecho de pesadillas.
 Escribo, como ven, y corro por las calles,
 protesto y arrastro los grillos del descontento
 que a veces son alas en los pies,
 plumas al viento que surcan un azul oscuro,
 pero puedo quedarme quieto, puedo renunciar,
 puedo tener como cualquiera un miedo terrible,
 porque cometo errores y el aire me falta
 como me falta el pecado, el pan, la risa, tantas cosas.
 El tiempo es implacable como un número creciente
 y comprendo que se suma en mi frente, en mis manos,
 en mis hombros como un fardo
 o ante mis ojos como una película cada vez más triste,
 y pertenezco al tiempo, a los documentos, a mi raza y a mi país,
 y cuando lo digo en el papel, cuando lo confieso,
 tengo ganas de que todos lo sepan y lloren conmigo.

RECUERDO DE CADA RATO

HE VUELTO y por entre edificios y ruinas
 mis ojos han devorado esta tristeza mural,
 este llanto de los desterrados de la noche,
 ángeles o puercos, tipos tenaces para vivir,
 y aquí, con ellos, mi corazón ha escogido el sacrificio.
 He sometido la memoria a la prueba
 de que hable de mí en el lecho de la vergüenza o el placer,
 y todo ha sido inútil porque soy
 el mismo sueño en tanto despertar,
 la misma tregua en tanta y tanta guerra,
 el mismo personaje pálido bajo el peso de una salud mortal.
 No ha sido, como creí al partir, una cita
 con las cosas fieles que dejé,
 manos abiertas, frentes puras, miradas rebosantes,
 que mi nostalgia en su plumaje guardaba,
 pues esto es como las postales o las cartas,
 mentira, mueca, helado signo que se desliza y se pierde.
 Pero continúa, será siempre
 lo que tallé en mi sangre con golpes rudos y dichosos,
 lo que de realidad sin luz torné esplendor de medianoche,
 lo que puse en mí como otro cuerpo en este cuerpo,
 y no está, no tiene nombre ya,
 y es imposible decir como digo ahora:
 ¿dónde está el tiempo, donde
 están los muchachos de entonces?

CITA EN EL BULLICIO

ACABO DE CONTAR que te conozco,
 que te he visto y he hablado contigo
 entre el humo de un salón colmado de reverencias,
 y que eras ahí un delicado recipiente de ternura

a la espera de tanto amor como yo traía conmigo.
 He contado, además, que me acerqué como quien se aproxima
 a un sensible estanque, temiendo romper la quietud del agua,
 temiendo confundir con mi imagen el semblante del cielo,
 temiendo empañar la tersura transparente de tus ojos
 con el aire de mi cuerpo torpe y vehemente,
 pero que en ti se dio lo mejor de este reflejo repentino,
 la bienvenida suavemente confiada
 de quien hace tiempo espera lo que le está destinado.

CARTA SOBRE VALPARAÍSO

SI USTED ve un fosforescente nido
 en la cumbre de unos cerros marítimos, si ve
 bajar hacia el océano una violenta cascada de brillos
 que el agua, abriendo sus puertas, recibe en sus profundidades;
 si usted de lejos ve que la noche
 sopla poco a poco aquellas luces hasta que al fin,
 cuando la aurora se aproxima, cae vencida
 por un rayo más duro, matinal,
 por un solar destello,
 ha visto o recibido el mejor saludo de las costa del sur
 que son tristes arenas, confusas peñas,
 horribles soledades, piedras lanzadas desde arriba.
 Aquel pañuelo relampagueante y tenebroso
 es Valparaíso quieto, Valparaíso perfecto, es
 el lugar que el hombre ha hecho suyo, el refugio
 de unos barcos de dulcísimo color
 y estela pura cuando remontan el Pacífico.
 Escuche: Valparaíso es un ruidoso barrio americano que cada uno
 crea en el vaso de vino levantado a medianoche
 en una casa de remolienda, templo
 o tumba de marineros y mujeres nubladas, y doscientos pesos,
 y un cuartucho con una bandera chilena, y una cuenca lejana
 como un nacarado fondo para el silencio o el amor.
 Perdóneme, pero el puerto pone de pronto demasiadas cosas
 en un corazón que busca su latido,
 que está comprometiéndose a cada hora con su mundo,
 y no puedo dejar de decir
 que aquí el mar fue derrotado, su vieja voz fantástica
 y su prestigio rotos por un golpe de pala, sus actos
 impedidos por la mano de los picapedreros,
 y en su lugar nació un mito,
 algo que inundó las canciones distantes de Hamburgo o Marsella
 y fue el suntuoso capitel de la miseria.
 Yo recuerdo haber paseado por sótanos húmedos, entre gentes
 que iban y venían como insectos de una plantación nocturna,
 hablando en voz baja del pescado o el contrabando,
 y sin embargo estaba en una altura,
 dominando un horizonte sólido de sombras y vientos
 por el que habría de venir el alba,
 y sin embargo la techumbre salvaje de luciérnagas
 tocaba a mi vista las estrellas,
 y sin embargo...
 Crea usted en Valparaíso, en esta cauda viciosa de América,
 en esta victoria de los mendigos,
 como en aquello que alguna vez fue cierto
 y rodó hasta nosotros hecho pedazos por la eternidad.

(De *Conducta sentimental*)

S E B A S T I Á N S A L A Z A R B O N D Y